

El sacerdocio universal de los creyentes: Significado y consecuencias

Dr. Justo L. González



Conferencia Reforma Pt. 3
México

El sacerdocio universal de los creyentes: Significado y consecuencias

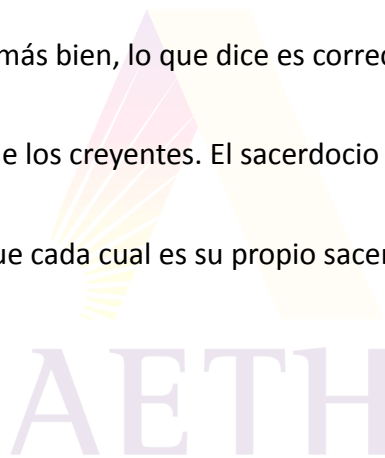
(3 de 5)

Todos sabemos que uno de los énfasis principales de la reforma fue el sacerdocio universal de los creyentes. Lo sabemos no solamente porque nos lo han dicho y lo hemos estudiado, sino que también por largo tiempo ha sido un tema frecuentemente empleado en las polémicas evangélicas contra los católicos. Bien recuerdo los tiempos en que, de joven, me daba gusto buscando a algún sacerdote con quien discutir, y echarle en cara que no necesitábamos de él para llegarnos a Dios. También recuerdo cómo en aquellos mismos días, en mis intentos de evangelizar a mis compañeros de clase, les decía que no era necesario tener sacerdotes para llegarnos a Dios, y que cada cual podía ser propio sacerdote y acercarse directamente al trono del altísimo. En medio de una sociedad con fuertes tendencias anticlericales, aquel argumento resultaba poderoso.

Ahora han pasado muchos años, y me percaté de que en aquellas discusiones yo mismo no había entendido bien lo que era eso del sacerdocio universal de los creyentes. Leyendo detenidamente a Lutero, Calvino y los demás reformadores, así como la más antigua literatura cristiana, ahora veo que el sacerdocio universal de los creyentes tiene dimensiones que yo no

sospechaba entonces, pero que son harto importantes tanto para la vida de la iglesia como para su relación con el mundo que la rodea.

En una palabra, según yo entendía el sacerdocio universal en aquel entonces, lo que este quería decir es que nadie necesita de sacerdotes, pues cada cual es su propio sacerdote. Esto bien puede haber sido un buen punto polémico en nuestros conflictos con el catolicismo romano, pero no es del todo correcto – o más bien, lo que dice es correcto, pero no es todo lo que significa el sacerdocio universal de los creyentes. El sacerdocio universal no quiere decir solamente ni primordialmente que cada cual es su propio sacerdote, sino más bien que todos somos sacerdotes para todos.



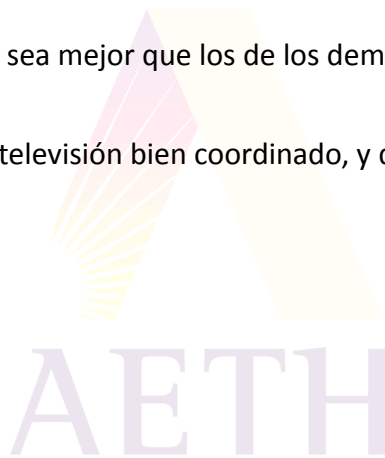
La diferencia entre esos dos entendimientos es fundamental. El primero, el que yo aprendí de joven, llevaba el sello del individualismo que se posesionó de la cultura occidental particularmente en el siglo XIX y cuya herencia todavía pesa sobre nosotros. Si cada uno es su propio sacerdote, esto quiere decir que no necesitamos de los demás. No es solamente el sacerdote ordenado quien ya no nos hace falta, sino que tampoco nos hace falta el hermano o

la hermana que está a nuestro lado. La iglesia, en lugar de ser un solo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo de tal modo que para participar de la vida de esa cabeza tenemos que estar injertados en el cuerpo, se vuelve una conglomeración de individuos, cada uno de ellos acercándose directamente a Dios sin necesidad de los demás. Es por eso que con tanta frecuencia oímos a alguien decir: “Yo soy cristiano a mi manera, y no necesito de la iglesia para nada”. Es por eso que hay creyentes que cambian de iglesia como quien cambia de camisa, porque no le gustó lo que la hermana Fulana dijo, o porque aquel otro pastor predica mejor, o porque en aquella otra iglesia me gusta más la música, o por lo que sea. Es por eso que muchas de nuestras iglesias se dividen porque unos prefieren una clase de culto y otros otra, y nos olvidamos de que cuando estamos juntos reunidos no estamos adorando solo por nosotros mismos, sino también por los demás. La música que no me gusta, pero para mi hermano o mi hermana es modo de expresar su experiencia con Dios, tengo que apreciarla, no porque sea buena o mala, sino porque es la adoración de mi hermano o de mi hermana.

Si entendiéramos claramente que el sacerdocio universal de los creyentes no es cuestión privada e individual, sino comunitaria, esos otros creyentes que prefieran otra música se

regocijarán conmigo en mi música, aunque estéticamente no les guste; y yo me regocijaré en la
de ellos y con ellos.

Y, ¿por qué no decirlo? Es también porque ese individualismo nos lleva a pensar que la iglesia
es cuestión en cierta medida superflua, una especie de ayuda para la fe, que frecuentemente
los líderes de la iglesia nos dejamos llevar por un espíritu de competencia, tratando de
asegurarnos de que nuestro coro sea mejor que los de los demás, que nuestro culto tenga más
la apariencia de un programa de televisión bien coordinado, y que todo el mundo salga
contento de él.



Pero el sacerdocio universal de los creyentes no quiere decir ante todo que cada cual sea su
propio sacerdote, sino más bien que cada cual es sacerdote para los demás y que todos juntos
somos sacerdotes para el mundo – incluso para el mundo que no cree, ni ora, ni siquiera busca
a Dios. Cuando así lo entendemos, el sacerdocio universal, en lugar de disgregarnos de manera
que cada uno busque su propio camino hacia Dios, nos une en un ministerio común en el cual
nos acercamos a Dios, no como sacerdotes individuales, sino como un pueblo sacerdotal.

Nuestro sacerdocio no consiste en una línea privada para comunicarnos con Dios sin necesitar de nadie más, sino que es una red en la que contamos con todos los demás como sacerdotes para cada uno, y donde cada uno es sacerdote para todos los demás.

Esto quiere decir que al afirmar el sacerdocio universal de los creyentes no estamos únicamente derrocando a la jerarquía que pretende que solamente podemos llegar a Dios a través de ella, sino que también estamos elevando a cada creyente y a la iglesia toda al nivel sacerdotal.

Por otra parte, aunque ciertamente Lutero empleó el tema del sacerdocio universal para deshacer lo que él llamaba “el cautiverio babilónico de la iglesia”, tenemos que afirmar que ese sacerdocio no es invención de Lutero, sino que tiene profundas raíces en las Escrituras y en la más antigua tradición cristiana. Lo que es más, la idea del sacerdocio universal de los creyentes se veía en la iglesia antigua como el cumplimiento de la promesa hecha antaño a Israel, cuando Dios les dijo: “Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa” (Ex 19.6).

Bien conocidas son las palabras de Primera de Pedro, donde se nos dice que somos “real sacerdocio, nación santa” (1 P 2.9). Casi al principio de su Apocalipsis, Juan declara que Jesucristo, quien es “el soberano de los reyes de la tierra”, es también quien “nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre” (Ap 1.5-6) . Más adelante en el mismo libro Juan nos presenta un himno en el que se incluyen las palabras “nos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra” (Ap 5.10) . Y casi al final Juan se refiere a quienes “serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años (Ap 20.6).

Sin dejarnos llevar por las fascinantes cuestiones relacionadas con la interpretación del Apocalipsis, al menos podemos notar que en todos estos pasajes, tanto del Apocalipsis como de la epístola de Pedro, la afirmación acerca del sacerdocio de los creyentes va unida a la idea paralela de que son o serán reyes o, como dice Pedro, un “real sacerdocio”.

Puesto que en nuestra última presentación hablamos acerca de la relación entre el culto y la doctrina, entre el modo en que se adora y lo que se cree, conviene detenernos aquí por un momento a señalar que las palabras del Nuevo Testamento que acabo de citar se relacionan

estrechamente con lo que sabemos acerca del culto en la iglesia antigua. Los documentos más antiguos que tenemos acerca del bautismo confirman lo que leemos en los pasajes que acabo de citar. Por esos documentos antiguos sabemos que cuando algún gentil pedía el bautismo se le hacía pasar por un proceso de unos dos o más años en el que se explicaba toda la historia de Israel y su relación con la fe cristiana, así como los principios fundamentales del cristianismo. Cuando por fin se le bautizaba, al salir del bautismo, al tiempo que se le daba una túnica blanca, y se le ungía con aceite. Se le vestía de blanco, no, como pensaríamos hoy, en señal de pureza, sino más bien victoria, porque en la antigüedad el blanco no significaba pureza sino de victoria. Y se les ungía porque en el antiguo Israel se ungía a los reyes y los sacerdotes, y ahora esta persona recién bautizada, ungida como los antiguos reyes y sacerdotes de Israel, venía a ser parte del real sacerdocio que era la iglesia.

Aquí es importante señalar que, al igual que el sacerdocio universal de los creyentes no es cosa puramente individual, tampoco lo es el bautismo. El bautismo no es solamente señal de muerte a la vieja vida y resurrección a la nueva, sino que es también señal de que somos injertados a este santo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Y esto se relaciona estrechamente con el

sacerdocio universal, pues lo que acontece en el bautismo es que el Sumo Sacerdote, Jesucristo mismo, nos une a su cuerpo. Somos sacerdotes porque somos miembros del cuerpo del Sumo Sacerdote. En realidad, no hay otro sacerdote sino él, y nuestro sacerdocio es válido porque en virtud de nuestro bautismo somos parte de este cuerpo cuya cabeza es el único y soberano Sumo Sacerdote.

Como para confirmar el significado de aquella unción que tenía lugar al salir del bautismo, tras esa ceremonia se conducía a los neófitos al lugar donde estaba reunido el resto de la iglesia para celebrar la comunión o Cena del Señor. (Y aquí, para entender esto, hay que aclarar que el culto de la iglesia antigua consistía en dos partes claramente definidas. En la primera, el “servicio de la Palabra”, se leían y explicaban las Escrituras, se cantaban himnos y se elevaban oraciones. Al terminar esa primera parte del culto, que despedía a quienes todavía estaban preparándose para el bautismo, y se pasaba al “servicio de la mesa”, la comunión.) Aquellos recién bautizados, con sus vestiduras blancas, y ahora con el sello de la unción sacerdotal, por primera vez venían a ser parte de ese servicio de comunión. En ese servicio de la mesa, antes de tomar la comunión por primera vez, también por primera vez participaban en una oración

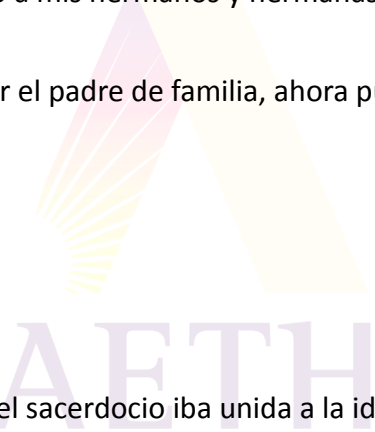
especial dedicada a la intercesión y comúnmente conocida como la “oración de fieles”.

Naturalmente, el neófito había participado muchas veces antes de la oración en el servicio de la Palabra. Pero esta era una oración especial de la cual participaba ahora como miembro de ese cuerpo sacerdotal que es la iglesia.

En esa oración se oraba no solo por los que estaban allí presentes; y no solo por el resto de la iglesia local a que pertenecían; y no solo por toda la iglesia universal; sino por el mundo entero. Los recién bautizados habían venido a ser ahora parte de ese real sacerdocio, de ese pueblo sacerdotal que es la iglesia, y como parte de ese sacerdocio elevaban ahora sus preces al trono celestial implorando tanto por la iglesia como por el mundo. En esa oración se pedía no solamente por los creyentes y los buenos, sino por todos los demás, por los que no oraban, y ¡hasta por el emperador y el imperio que les perseguían! Esa es la verdadera naturaleza de un pueblo sacerdotal, de una iglesia que verdaderamente cree en su sacerdocio universal.

Es importante señalar que ese entendimiento – como toda buena doctrina teológica – tenía dimensiones radicales. La persona recién bautizada, quizá un esclavo, quizá una mujer

atropellada por el poder de su esposo, ahora tenía un poder al que ni siquiera el mismísimo emperador alcanzaba. Tenía el poder de pedirle al Rey de toda la creación no solo por sí misma, sino también por ese reyezuelo que se decía señor del Imperio. Ciertamente, los cristianos no concordaban con todo lo que los emperadores hacían o decretaban, ni siquiera con la mayoría de las cosas que hacían o decretaban. Pero así y todo oraban por ellos, para que Dios les dirigiera y sostuviera. Yo, pobre esclavo que nunca he podido tomar decisiones por cuenta propia, ahora puedo alzarme junto a mis hermanos y hermanas al trono del Emperador Celestial. Yo, mujer atropellada por el padre de familia, ahora puedo elevarme al trono del Padre que es sobre todo padre.



Y no hay que olvidar que la idea del sacerdocio iba unida a la idea de la realeza. Ese esclavo y esa mujer habían sido ungidos como se ungía antiguamente a los reyes y sacerdotes, y por eso eran ahora un real sacerdocio. Quizá su nueva realeza no se veía todavía. Pero no había que olvidar que hasta el propio rey David, cuando fue ungido por Samuel, no alcanzó aquello para lo que se le había ungido sino bastante después. Por eso allá en el Apocalipsis se habla de un sacerdocio presente y de una realeza por venir: “nos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”. En otras palabras, ya somos sacerdotes, y por la

misma unción que nos hace sacerdotes seremos reyes.

Y también eso se fundamenta en el hecho de que pertenecemos a un cuerpo cuya cabeza es Jesucristo, quien se sienta a la diestra de Dios. Porque nuestra Cabeza se levantó de entre los muertos, y porque somos parte de su cuerpo, sabemos que ni aun la muerte tiene poder sobre nosotros. Y porque nuestra Cabeza ascendió a los cielos y está sentada a la diestra del Padre sabemos que estamos destinados a sentarnos con ella junto al gran trono celestial.

Ahora bien, puesto que el culto era y sigue siendo el mejor modo para formar la fe de los creyentes, esto también se manifestaba en el culto. Un detalle que frecuentemente se olvida, pero que descubrimos al leer los antiguos documentos cristianos, es que, aunque era costumbre arrodillarse e inclinarse ante Dios para orar, y particularmente para llevarle peticiones, el primer día de la semana, el Día del Señor, los cristianos no se hincaban ni se inclinaban para orar, sino que se acercaban a Dios de pie, mirándole a la cara, en la actitud y confianza de un príncipe que se acerca al trono de su padre, y no la de un pobre petionario que se acerca para pedir un favor. Ese primer día de la semana, día de la resurrección del Señor,

es también el día de nuestra adopción, y por tanto en ese día nos acercamos a Dios, sí, como sacerdotes, pero también como hijos adoptivos del rey, como “real sacerdocio”.

Una vez más, no creo que haya que subrayar el carácter radical y hasta subversivo de tal doctrina y tal práctica. Este pobre pescador, ese esclavo miserable, esa mujer que viene a la iglesia con las marcas del abuso físico que sufre, ¡todos somos realeza! Quizá estemos en una condición como la de David cuando todavía Saúl gobernaba. Pero como David sabemos que el Señor que nos ha llamado y nos ha ungido no solo nos ha hecho sacerdotes, sino que cumplirá su promesa de hacernos real sacerdocio. Una vez más, aquellos cristianos podían decir “nos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”. O, como diría el apóstol Pablo, “ vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”.

Si volvemos entonces a Lutero y a la Reforma protestante, podemos ver cómo el modo en que se entendía ese sacerdocio universal de los creyentes era expresión por una parte del carácter liberador de aquel movimiento. Pero al mismo tiempo y por otra parte, vemos que al no

recalcar de igual manera que se trata de un *real* sacerdocio los reformadores daban señales de su sometimiento al orden que existía.

Acerca de la dimensión liberadora del sacerdocio universal, no hay que explicar mucho. Cuando Lutero hablaba de las condiciones de la iglesia en su tiempo como un cautiverio babilónico, quería decir que la jerarquía eclesiástica, como antaño el rey de Babilonia, se había posesionado de la iglesia y la tenía cautiva. El sacerdocio, desde el papa hasta el último cura en una iglesia parroquial, se había posesionado del acceso a Dios, prohibiéndoles ese acceso a quienes no vinieran a través de ellos. Era precisamente esa visión de la función sacerdotal la que se encontraba tras el escándalo de la venta de indulgencias. Frente a esto, Lutero volvía a la antigua doctrina del sacerdocio universal de los creyentes, a la afirmación de que no somos sacerdotes porque hayamos recibido una ordenación especial, sino que el bautismo mismo es una ordenación para servir como sacerdotes en medio del pueblo sacerdotal. (Nótese una vez más que no estoy diciendo sencillamente que Lutero afirmara que cada cual podía ser su propio sacerdote, sino más bien que todos somos sacerdotes con todos los demás y por todos los demás – incluso por quienes no son parte de la iglesia .) Ciertamente, aquello era un mensaje

liberador, pues el acceso al trono de la gracia ya no estaba bajo el control de una jerarquía, sino que era prerrogativa de todo el pueblo de Dios por el hecho mismo de ser pueblo de Dios, real sacerdocio. En ese sentido, cuando Lutero afirmó el sacerdocio universal de los creyentes estaba haciendo una declaración revolucionaria y liberadora. Pensemos por un momento en lo que pensaría aquel siervo, o aquella mujer, o aquel campesino sin tierra, al escuchar que se le ha hecho sacerdote, y que puede acercarse al trono de Dios no solamente para rogar por sus propias necesidades, sino también para rogar por todas las necesidades del universo entero.

Pero hay también la otra cara de la moneda. La primera cara es que ante la oposición de la jerarquía eclesiástica, los principales reformadores emplearon el principio del sacerdocio universal de los creyentes, y lo hicieron eficazmente. Pero al mismo tiempo – y esta es la segunda cara –, en parte porque necesitaban del apoyo de las autoridades instituidas, y particularmente en el caso de Lutero y sus seguidores del apoyo de los príncipes alemanes, los reformadores dijeron poco acerca del otro elemento que en las Escrituras comúnmente va unido al sacerdocio universal: el hecho de que quienes han sido ungidos como sacerdotes en su bautismo también en ese mismo bautismo han sido ungidos como reyes. El resultado es que a

partir de entonces la mayor parte del pueblo protestante ha aprendido a pensar más en la unción sacerdotal que en la unción real. La consecuencia es que quizá oramos como sacerdotes, pero no nos comportamos como reyes.

Pero las dos dimensiones de la unción de este real sacerdocio no pueden separarse. Si sencillamente decimos que todos los creyentes son hijos del gran Rey, el resultado será un orgullo desmedido, un sentimiento de superioridad y de desprecio hacia quien no parece ser hijo del mismo Rey. Tal visión se encuentra frecuentemente tras aquellas iglesias que parecen considerarse mejores que el mundo que las rodea, y en lugar de preocuparse primeramente por ese mundo se preocupan porque se sepa que ellas son superiores. Si, por otra parte, sencillamente decimos que todos somos sacerdotes, y se nos olvida nuestra realeza, bien podemos caer en una actitud servil, como si nuestra función no fuera más que pedir y pedir – pedirle humildemente a Dios, y pedirles con igual humildad, por así decir, con el sombrero en la mano, a los reyezuelos que se hacen pasar por dioses.

Una consecuencia de ese énfasis en la unción sacerdotal y no en la real ha sido que muchos

creyentes han llegado a pensar que como sacerdotes les corresponde acercarse a Dios, pero que no les corresponde defender sus derechos o los de los demás, afirmar su libertad o insistir en su dignidad. Frecuentemente escuchamos en las iglesias que podemos acercarnos a Dios directamente. Pero rara vez escuchamos que como seres hechos a imagen de Dios, y como reyes que ya hemos sido ungidos y solamente esperamos nuestra coronación, tenemos que ofrecerle resistencia a todo lo que ofenda esa imagen divina o niegue nuestra dignidad. Es por esa razón que frecuentemente el pobre campesino que viene a la iglesia agobiado por su sentimiento de pecado, pero también por la miseria en que vive, probablemente escuchará que mediante la fe alcanzará remisión de su pecado. Pero rara vez escuchará también que la miseria en que vive se opone a los designios de Dios.

AETH

En resumen, lo que hasta aquí he dicho es que, bien entendido, el sacerdocio universal de los creyentes incluye:

Primero, como siempre hemos dicho, que no hace falta un sacerdocio especializado y autorizado por alguna jerarquía eclesiástica para llegarnos a Dios. Que Dios, como el padre

amante de la parábola, nos espera con los brazos abiertos, y que nadie tiene el poder de cerrarnos el paso en el camino de retorno a Dios.

Segundo, que aunque podemos llegarnos a Dios directamente, hemos de hacerlo no solamente a nombre propio, sino también como miembros de todo un pueblo sacerdotal.

Tercero, la consecuencia del segundo punto es que como sacerdotes tenemos obligación de llevar a toda la creación ante el trono celestial.

Cuarto, que tanto en la Biblia como en la iglesia antigua el sacerdocio universal va normalmente unido a la adopción de los creyentes como hijos del gran Rey.

Y quinto, que por una serie de razones los reformadores, y mucho más las generaciones que les siguieron, enfatizaron lo del sacerdocio universal de los creyentes pero dijeron menos y hasta olvidaron que esos mismos creyentes que han sido hecho sacerdotes también han sido hechos

reyes. Al tiempo que el énfasis en el sacerdocio universal de los creyentes nos ha ayudado a contrarrestar el clericalismo que tanto mal le ha hecho a la iglesia, la falta de énfasis en la realeza universal de los creyentes nos ha llevado a dejar a un lado un elemento importante del mensaje bíblico y de la experiencia de los primeros cristianos – un elemento que traído a nuestros días bien podría ayudarnos a enfrentar las injusticias e iniquidades que nos rodean.

Pero antes de continuar con ese tema, recordemos lo que decíamos antes, que a través de toda la historia el culto le ha dado forma a la fe de los creyentes; que el modo en que se adora también determina lo que se cree; o, para usar la frase técnica de que hablamos antes, que la regla de culto se vuelve regla de fe –*lex orandi lex credendi*.

Miremos entonces a nuestro culto y veamos qué nos dice acerca del sacerdocio universal de los creyentes. Ciertamente, lo primero que hemos de afirmar es la nota positiva: en nuestro culto se invita a todos los creyentes a participar activamente. Como repetidamente decíamos en aquellos tiempos de mi mocedad, tiempos de polémica anticatólica, cuando la misa era en latín, nuestro culto tiene lugar en el idioma del pueblo. En la mayoría de nuestras iglesias cualquiera

puede hablar; cualquiera puede dar testimonio; cualquiera puede dirigir el culto.

Y hay también otras notas positivas. Quizá la más notable sea el gozo que predomina en nuestro culto. La iglesia antigua se reunía el primer día de la semana porque era día de Resurrección; porque en ese día se celebraba la victoria de Jesucristo sobre la muerte; porque en ese día, que era también el primero de la creación según el Génesis, había comenzado la nueva creación en Jesucristo; porque ese día, que viene después de terminada la semana y señala un nuevo comienzo, era también símbolo del fin de los tiempos y del comienzo del reino eterno de Dios. Por tanto su culto era gozoso. Pero después, poco a poco, con el correr del tiempo, el culto se fue volviendo cada vez más sombrío y hasta fúnebre. Ya para el siglo octavo o el noveno parecía más bien que lo que se celebraba en el domingo no era la resurrección de Cristo, sino sus sufrimientos y su crucifixión, de tal modo que lo que en realidad estaba teniendo lugar era más adecuado para el viernes de la crucifixión que para el domingo de la resurrección.

Las iglesias surgidas de la Reforma rara vez cambiaron esto. El orden de culto que Lutero llamó

la “misa alemana”, era un poco más alegre, puesto que se cantaban tonadas que el pueblo conocía. Además, al celebrarse en el lenguaje del pueblo, se evitaba caer en un falso sentido de misterio basado, no en la grandeza del Dios omnipotente, sino más bien en lo incomprensible de las palabras y los gestos. Pero aparte de ese cambio, lo demás siguió siendo muy parecido. Todavía la comunión, que se celebraba todos los domingos al igual que en la iglesia antigua, no era una celebración de la resurrección y la victoria de Cristo, sino más bien un recordatorio de los pecados de la congregación, que habían llevado a la pasión y muerte del Señor. Lo que es más, en algunas iglesias de tradición reformada no se permitían otros cánticos que los Salmos. En Zúrich, Zwinglio prohibía el uso de cualquier música en la iglesia. En consecuencia, bien podemos decir que lo que nos legó la tradición protestante, al menos en su mayoría, fue un culto todavía sombrío en el que la solemnidad se confundía con la devoción.

Todo eso ha cambiado bastante en la mayoría de las iglesias evangélicas en nuestro continente. Si algo las caracteriza, es la exuberancia del gozo. Al hacerlo, estamos recuperando el espíritu de adoración de aquella iglesia que se reunía el primer día de la semana para celebrar la Resurrección de Jesucristo, para celebrar la nueva creación comenzada con esa resurrección, y

para celebrar el día postrero cuando los santos cantarán alabanzas al Cordero. Este es el lado positivo de nuestro culto, y espero que sea algo que el resto de la iglesia universal pueda aprender de nosotros.

Pero al mismo tiempo en todo esto hay peligros y en algunos casos elementos negativos que necesitamos conocer para evitarlos o corregirlos. Uno de ellos, que menciono solo de paso, es que muy rara vez en algunos de nuestros cultos tenemos un momento para confesar el pecado y para escuchar la anhelada palabra de gracia y de perdón. Si los reformadores tenían razón al afirmar que los creyentes, a la par que son justificados por la gracia de Dios, siguen siendo pecadores, entonces la confesión tiene que seguir siendo parte de nuestro culto. Quienes vienen a nuestro culto el domingo traen consigo – o deberían traer – la memoria de los pecados que han cometido durante la semana. Si sencillamente les hacemos olvidar ese pecado, no tendrán una conciencia profunda de la magnanimidad de la gracia de Dios y por tanto, por muy alegres que parezcan, no alcanzarán la plenitud del gozo cristiano. Solamente reconociendo y aceptando el alcance de nuestro pecado podemos reconocer adecuadamente la gracia de Dios y alabarle por esa gracia.

Pero, puesto que nuestro tema es el sacerdocio universal de los creyentes, veamos cómo eso se relaciona con nuestro culto. Una vez más, hay aquí un lado positivo que es necesario recalcar y reconocer. Como ya he afirmado, en nuestro culto se reconocen los diversos dones con los que Dios ha bendecido a la iglesia. Unos son músicos, otros cantan, otros predicán, y cada cual trae así su contribución al todo.

Pero hay dos aspectos que me parece que un verdadero entendimiento del sacerdocio universal puede ayudarnos a corregir. El primero de ellos es la tendencia en muchos de nuestros cultos a subrayar lo individual y dejar a un lado lo comunitario. Aunque estamos juntos, cada cual se acerca a Dios por su cuenta, como si el sacerdocio universal no fuera más que eso. Esto se nota particularmente en muchos de nuestros cánticos y alabanzas. En algunos cultos, la mayor parte de esos cánticos y alabanzas, y a veces hasta todos, están en primera persona del singular. No nos acercamos a Dios como “nosotros”, sino más bien como “yo”. Esto es cierto tanto de algunos de los antiguos himnos como de muchas de las canciones más contemporáneas. Lo vemos en algunos de esos himnos antiguos porque fueron compuestos precisamente cuando el individualismo florecía en la civilización occidental. Y lo vemos también

en muchas de las nuevas canciones porque sin darnos cuenta somos parte de la cultura del “yo”. Detengámonos a recordar algunos ejemplos: “Jesús, yo he prometido”, “O, Cristo *mío*”, “A solas al huerto yo voy”, “Señor, yo te bendigo”, “yo te amo”, “Señor, *me* has mirado a los ojos”, “Yo tengo gozo”. Nada de esto es malo, sino que es importante porque nos ayuda a ver la dimensión personal de la fe cristiana y a expresar nuestro compromiso personal con el Señor.

Pero si eso es todo lo que cantamos y decimos en el culto, aunque estemos en una iglesia llena de gente, bien podríamos estar solos. De alguna manera tenemos que decir también “nosotros”. Como Lutero nos enseñó a cantar, Dios no es solamente mi castillo fuerte, sino que “Castillo fuerte es nuestro Dios”. Bien entendido, el sacerdocio universal de los creyentes quiere decir que no soy solo yo quien adoro, sino que todos adoramos como parte de una comunidad.

Volviendo a la Primera epístola de Pedro, nos gozamos no solamente porque somos real sacerdocio, sino también porque somos “*nación santa, pueblo* adquirido por Dios”.

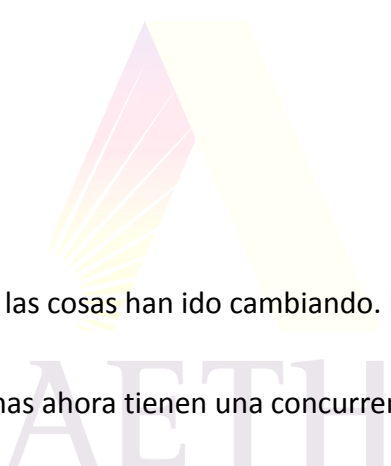
Por otra parte, hay también un elemento del sacerdocio universal de los creyentes que bien puede ayudarnos a corregir o a evitar ciertos peligros en nuestro culto. En aquellos años, largo tiempo atrás, cuando yo andaba tratando de evangelizar a mis compañeros católicos, ellos me

decían que cada domingo iban a “oír misa”. Para mí, aquella frase era una clara expresión de un culto en el que no había que participar y ni siquiera se podía participar. Se iba a oír, a estar presente, a cumplir, posiblemente hasta a sentir profundas emociones ante la solemnidad de lo que se hacía, ante la música que sonaba tan ajena, ante las vestimentas impresionantes, ante el perfume del incienso. Pero no se iba a participar activamente en lo que estaba teniendo lugar. Eso les correspondía al sacerdote y demás clérigos en torno suyo, a los monaguillos y al coro. Para los demás bastaba con “oír misa”.

Creo que era con razón que criticábamos aquello, y hoy me regocijo al ver que en la Iglesia Católica Romana hoy se escucha nuestra lengua y se escuchan también guitarras y maracas, y el pueblo canta y participa activamente. En otras palabras, se está recuperando el sentido original de la palabra “liturgia”, que no quiere decir ritualismo ni orden establecido, sino más bien “la obra del pueblo”. El culto es obra del pueblo, y no de quienes lo dirigen. En aquellos tiempos de mi juventud a que ya me he referido, criticábamos a la Iglesia Católica porque la misa se decía en latín, y todo lo que el pueblo tenía que hacer era estar presente. Lo que es más, hasta en el sentido teológico era el sacerdote quien hacía la misa. Si no había sacerdote no podía haber

misa. Por eso se hablaba de ir a “oír misa”. Frente a esto, nosotros los evangélicos nos ufanábamos de que nuestro culto era participatorio. Todos cantaban. Todos leían la Biblia juntos – a veces antifonalmente.

Hoy las cosas empiezan a cambiar en la Iglesia Católica. Todavía no puede haber misa sin cura. Pero la misa se celebra en el idioma del pueblo, y se invita al pueblo a participar mediante el canto y otras respuestas.



También en el ámbito evangélico las cosas han ido cambiando. Los cultos que antes celebrábamos con 20 o 30 personas ahora tienen una concurrencia que se cuenta en centenares y a veces hasta en millares. Pero no todos los cambios han sido para bien. A veces visito iglesias en las que el culto es una producción coreográfica tan elaborada que si no hubiera esa producción probablemente tampoco habría culto – de igual manera que antes si no había cura no podía haber misa. Y también visito iglesias en las que la música parece una actividad participativa, pues todos están cantando. Pero a veces me pregunto qué sucedería si se le pidiera a la congregación que cante por su cuenta, sin la dirección de un grupo de cantantes con

micrófonos. ¿Podrá la congregación seguir cantando? Si la respuesta es que no, eso es índice de que nuestro culto no es en realidad “obra del pueblo”, y estamos perdiendo una importante expresión litúrgica del sacerdocio universal de los creyentes.

Naturalmente, esto no quiere decir que no deba haber líderes en la adoración. A través de los siglos, la adoración ha tenido una dimensión didáctica, y por tanto es necesario que se le planifique y dirija cuidadosamente. Entre los dones que Dios ha repartido en este cuerpo que es la iglesia, está ese don de dirigirla en el culto y en el canto. Pero lo que sí quiere decir es que la verdadera adoración no es obra de los líderes, sino de toda la congregación que junto a ellos, en expresión de su sacerdocio universal, se acerca a Dios para alabarle, escucharle y rogarle por todo el mundo que le rodea. Quiere decir que cuando algunos líderes de adoración se apropian del título de “adoradores”, como si todos los presentes no fueran adoradores, estamos usurpando el sacerdocio universal de los creyentes de manera semejante a como lo usurpaba cualquier sacerdote medieval.

Pero falta todavía añadir una tercera dimensión de nuestro sacerdocio universal. Esa es la visión

que vuelca nuestro sacerdocio hacia fuera de los ámbitos eclesiásticos, y hace de la iglesia un pueblo sacerdotal que es responsable no solamente por sí misma, sino también por quienes le rodean. La iglesia no ora solamente por sí misma, y esto tiene implicaciones sociales.

Con demasiada frecuencia nosotros, quienes nos acercamos confiadamente al gran Rey de toda la creación para llevar nuestras peticiones e interceder por los demás, parecemos temer a los reyezuelos que gobiernan nuestro orden social, político y económico. Si la iglesia se atreve a presentarse ante el Rey de la Creación pidiéndole vida y justicia, ¿no deberá también tener el valor suficiente para dirigirse a los reyezuelos de nuestro día, a quienes gobiernan el orden social y político, para abogar por la vida y exigir justicia y libertad? Si la iglesia se atreve a pedirle al gran Médico del Universo por la salud de los enfermos, ¿no deberá tener también el valor suficiente para exigir que los sistemas médicos sean accesibles hasta a los más pobres? Si la iglesia se atreve a presentarse ante el Dueño de la Creación para pedirle pan para los hambrientos, ropa para los desnudos y abrigo para los desamparados, ¿no deberá tener también el valor suficiente para señalar, para condenar y para deshacer, la injusticia que produce hambrientos, y desnudos, y desamparados?

Habiendo dicho todo esto, la pregunta que resta entonces para contestar, no solamente hoy, sino día a día, es si verdaderamente creemos en ese sacerdocio universal. Es pregunto que se planteará constantemente en el modo en que se conduce el culto y se toman decisiones entre la iglesia. Pero no es pregunta que podamos contestar plenamente desde el púlpito, ni siquiera desde los escaños en nuestras iglesias, porque el sacerdocio universal de los creyentes no se refiere únicamente a nuestra propia salvación, sino que se refiere también a nuestra responsabilidad por la salvación del mundo. No es solamente una doctrina que afirma contra las tradiciones medievales que todavía perduran. Es también un llamado a deshacer las injusticias ancestrales que todavía perduran.

The logo for AETH features a stylized 'A' composed of two overlapping triangles, one pink and one yellow, with a series of horizontal lines radiating from the base of the 'A'. Below the 'A' is the word 'AETH' in a large, purple, serif font.